

LAS TINIEBLAS DE ROMA

ISABEL ROBLES

LAS TINIEBLAS DE ROMA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: abril de 2023

© Isabel Robles Alonso, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputació, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6406-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 6774-2023

Impreso en España

Dramatis personae

EN LA VILLA DE TERRACINA

Julia Vestina	Hija del senador Publio Julio Vestino y Annia Tertia
Marco Cesio Ático	Su hijo
Valeria Máxima	Su nuera

EN ROMA

LA FAMILIA

Quinto Emilio Salvio	Su difunto marido
Quinta y Mario	Sus encantadores (ex)suegros
Décimo Aurelio Fulvo	Su también encantador abuelo
Publio Julio Vestino	Su padre
Lucio Tulio Baso	Su primo
Lucio Tulio Pinariano	Su tío político y padre de Lucio

LOS ESCLAVOS

Spuria, Nevia y Galeo	Los esclavos domésticos
Silo	El esclavo galo
Filipo	El administrador, un liberto griego

LAS AMIGAS

Livia Lucilla	La influyente
Domicia	La resignada
Marcia	La fogosa

LOS POLÍTICOS

Tito Flavio Sabino	Senador y pretor de Roma. Hermano mayor de Vespasiano y amigo de Vestino
Domiciano	El hijo menor de Vespasiano y sobrino de Sabino
Nerón	Emperador del Imperio romano
Galba	Emperador del Imperio romano
Tito Vinio	El poder en la sombra
Otón	Esperaba ser nombrado sucesor de Galba
Vitelio	Enemigo de Galba
Cayo Cornelio Vitalis	Senador, esposo de Livia y expretor de Grecia
Marco Antonio Primo	Comandante de las legiones de Moesia y Dalmacia

LOS DEMÁS

Sextilia	La amante de Vestino
Cleisthenes	El banquero, un griego
Demóstenes	El médico de la familia, otro griego
Licinio	El dueño del almacén
Esporo (también llamado Popea)	El amante eunuco de Nerón
Justino	Un terrateniente de Terracina
Rufio Aureliano	Un comerciante de esclavos y fieras del circo
Neso	Capitán de barco
Rutiliano	Capitán de barco
Marcelo	Centurión

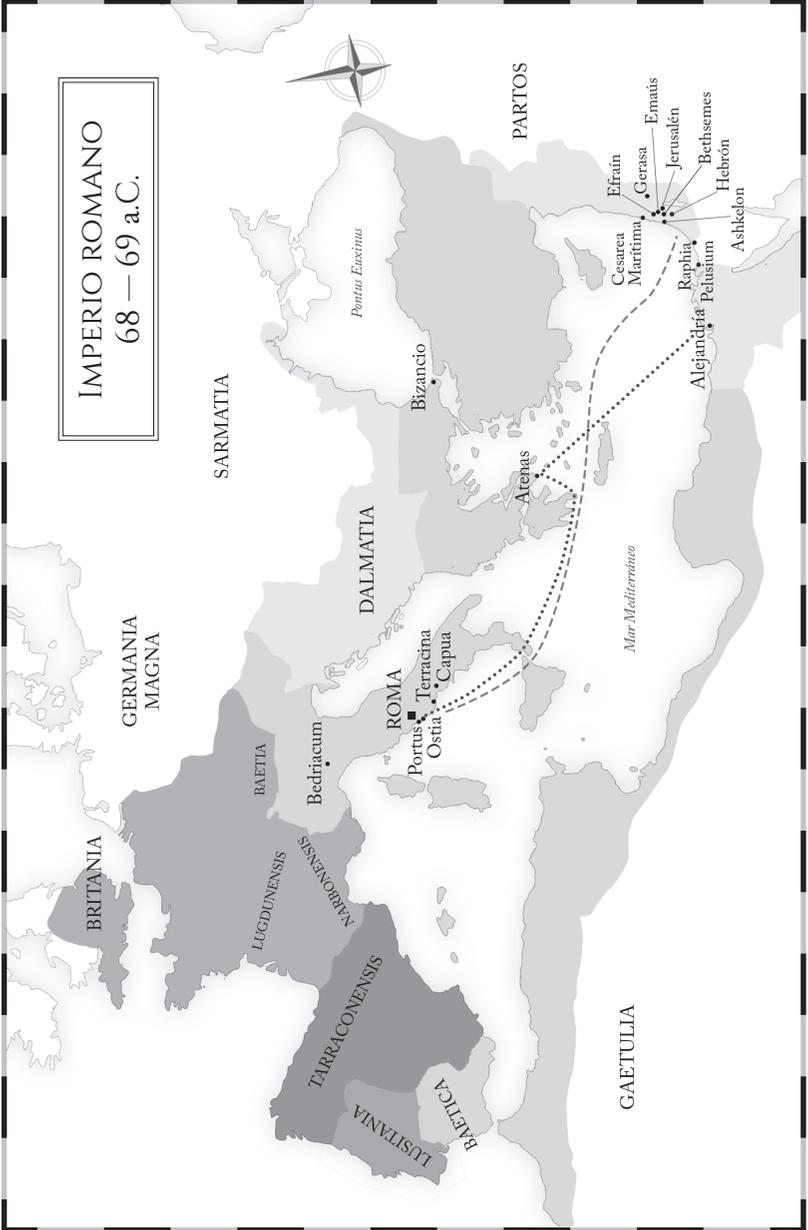
EN JUDEA

Damara	Una amable griega convertida al judaísmo
Isaac	El líder de los piratas
Joshua	El jefe de la caravana
Manio Julio Vero	El hermano de Julia. Tribuno de la legión Quinta Macedónica
Urbano	Esclavo de Vero
Sexto Vettulenus Cerialis	Legado de la legión Quinta Macedónica
Tito Flavio Vespasiano	General de las legiones de Judea
Tito	El hijo mayor de Vespasiano. Legado de la legión Decimoquinta Apollinaris
Aulo Cesio Alenio	Tribuno de la legión Decimoquinta Apollinaris
Próculo	Médico de la legión
Mario	Soldado veterano y cocinero experto
Numerio, Crispo, Festo y Rústico	Soldados

EN ALEJANDRÍA

Najt	Agente comercial, entre otras cosas
Tiberio Julio Alejandro	Pretor de Egipto
Leví	Primo de Alejandro y cambista ocasional
Apio Acerronio Heliodoro	Empresario
Un banquero cabreado, varios comerciantes desesperados y diversos egipcios malhumorados	
Fauna local	

«The months of peace and all the years of war,
The lives of love and all the lives of fears».
Caravanserai, Loreena McKennitt



IMPERIO ROMANO
68 — 69 a.C.



BRITANIA

GERMANIA
MAGNA

SARMATIA

DALMATIA

PARTOS

GAETULIA

BAETIA

LUGDUNENSIS

SISENONORIN

TARRACONENSIS

LUSTANIA

BAETICA

ROMA

Portus

Ostia

Capua

Terracina

Bizancio

Atenas

Cesarea
Maritima

Efraim

Gerasa

Emmaús

Jerusalén

Bethsemes

Hebrón

Ashkelon

Raphia

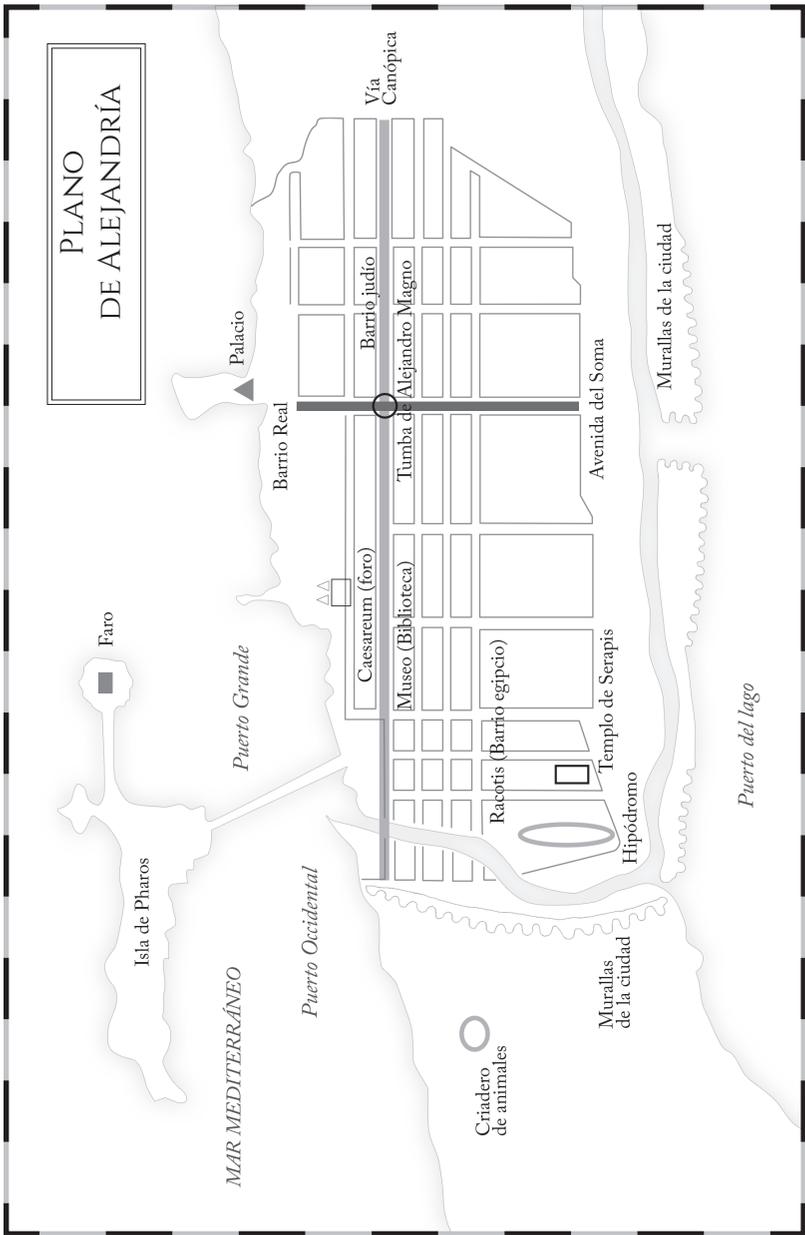
Pelusium

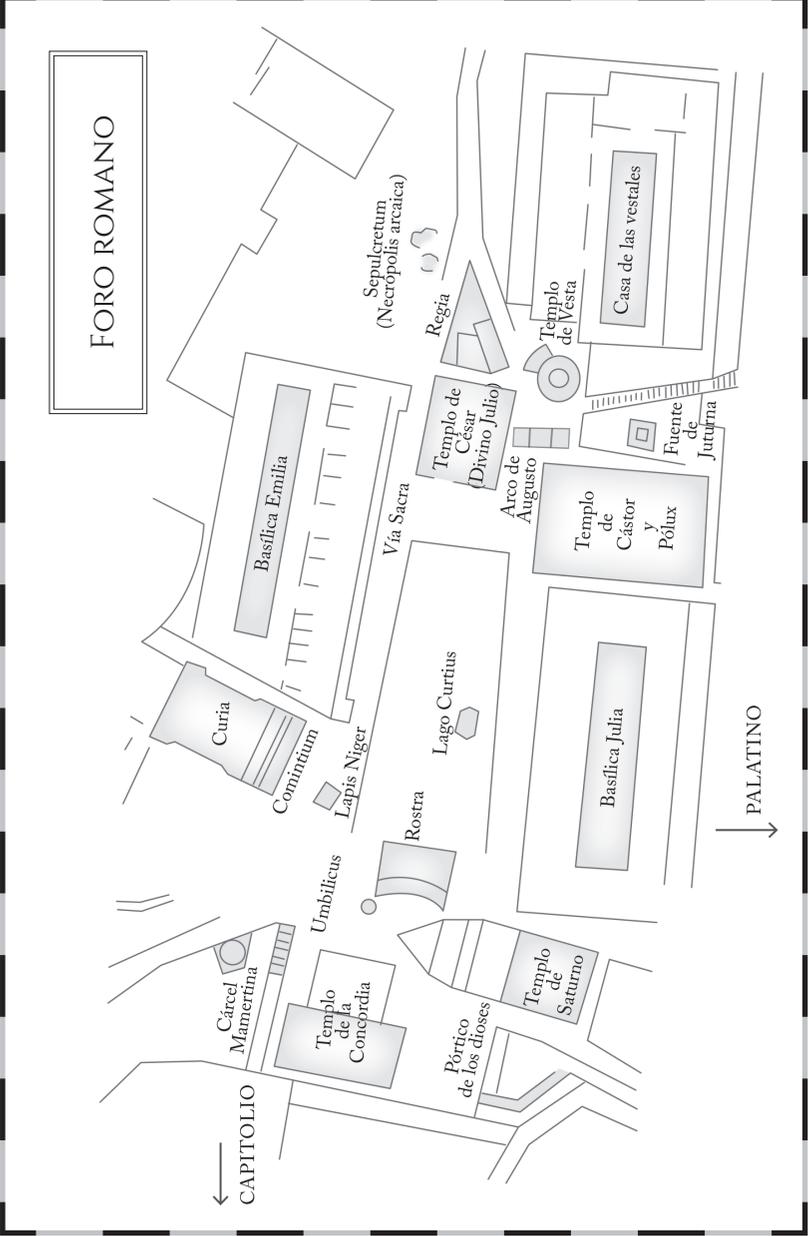
Alejandria

Mar Mediterráneo

Pontus Euxinus

PLANO DE ALEJANDRÍA





Prólogo

La brisa cálida traía el olor a sal desde el sur y agitaba suavemente su túnica, con la parsimonia que tiene el Mediterráneo cuando está mecido por la calma. El verano tocaba a su fin y, cuando los vientos cambiaran de dirección, tendría que volver a Roma para continuar con sus obligaciones como ciudadano antes de que su carrera política, que ascendía como la espuma, lo alejara de la capital del Imperio y lo llevara a alguna provincia aún llena de bárbaros y a medio romanizar.

Sus ojos se perdieron en el trajín de barcos que se dirigían a Ostia, cargados de productos. Trigo de Egipto, ánforas del mejor vino griego, aceite de la Bética, estaño de Britania y especias de Oriente. Creyó ver uno de sus navíos a lo lejos, pero, desde esa distancia, era casi imposible asegurarlo.

Se recostó a la sombra del olivo contemplando un paisaje que nunca se cansaría de admirar. De pronto, el viento le trajo el olor del perfume de azahar y el sonido de la grava aplastada por las pisadas de alguien que se acercaba. No necesitó volverse para saber quién era.

Valeria Máxima se colocó a su lado y sus ojos, del mismo color que el horizonte, revolotearon sobre la línea de la costa. Él la observó. El pelo negro le enmarcaba el rostro con elegantes tirabuzones y la *palla* le caía sobre los hombros antes de pegársele a la piel a causa del calor.

–Ya han llegado todos; sólo faltas tú, Marco.

–¿Cómo está Julia?

–Hoy tiene fuerzas, por eso nos ha reunido. No deberíamos hacerla esperar.

Él se levantó y se sacudió las ramitas que se le habían enganchado en la túnica. Perdido cada uno en sus preocupaciones, volvieron a la villa sin apenas hablar.

Julia estaba cómodamente recostada en un diván del *triclinium*, intercambiando palabras amables con sus invitados, pero sus ojos oscuros se clavaron en ellos en cuanto entraron.

–Marco, hijo mío, siéntate a mi lado. Quiero disfrutar de tu presencia antes de que volváis a Roma.

Él asintió y observó a los invitados de su madre. Los conocía a todos. Eran viejos amigos de la familia, a excepción de un hombre joven cuya cara le sonaba, a pesar de que no conseguía identificarlo. Los ojos adustos de Julia captaron la dirección de su mirada.

–Os presento a Sexto, mi notario. Él tomará registro de la velada de hoy para que lo que se diga esta noche no se pierda.

–¿Qué es tan importante para reunirnos con tanta urgencia? –inquirió uno de los presentes, un senador que acababa de llegar desde Campania.

–Ten paciencia, Gneo. Disfrutemos antes de la comida. ¿Cómo está tu hijo mayor? Tengo entendido que sigue como legado en la Galia...

Marco escuchó en silencio sin intervenir. Observaba a su madre disimuladamente intentando encontrar algún signo de debilidad, pero ella parecía rejuvenecida hablando de política. Sin embargo, no se le escapó el ligero temblor de su mano cada vez que cogía la copa y se la llevaba a los labios. Aún no era demasiado mayor, pero en los últimos tiempos, la enfermedad había hecho mella en ella.

Una sonrisa divertida asomó a la cara de Julia al notar sobre ella su mirada.

–Marco, estás muy callado hoy.

–Estoy un poco cansado, madre. Valeria y yo no tardaremos en regresar a Roma y preparar nuestra marcha a alguna de las provincias del Imperio.

–Tienes un futuro espléndido, muchacho –aseguró el senador, alzando la copa de vino hacia él–. Si pudiera apostar algo, Hispania será tu destino. Es una tierra muy querida por el emperador y tengo entendido que tus relaciones con él y con su sobrino... ¿Cómo se llamaba...?

–Publio Elio Adriano.

–Ah, sí... Como iba diciendo, es sabido por toda Roma que tienes su favor.

Marco miró al senador.

–Es recomendable tener amigos poderosos –dijo con precaución–, a pesar de que no se compartan las mismas aficiones.

Gneo rio con ganas.

–Por supuesto, muchacho, nadie ha insinuado que tengáis una relación más allá de la amistad. No obstante, cuídate de las malas lenguas y los envidiosos.

Marco aceptó el consejo con una leve inclinación de cabeza y notó la expresión de Valeria.

–A raíz de esto, madre –dijo volviéndose hacia Julia–, he de contarte algo: pronto habrá un nuevo miembro en esta familia. Valeria y yo esperamos un hijo.

Los ojos de Julia relampaguearon de alegría y su boca esbozó una sonrisa.

–En ese caso, propongo un brindis. Por una nueva generación, por nuestra *gens*, por vosotros.

–Madre –intervino Marco tras aceptar las felicitaciones de los presentes–, ¿qué es eso tan importante que nos quieres contar y que no puede esperar hasta el amanecer?

Como un relámpago, el cansancio se adueñó de los rasgos de Julia.

–Estoy enferma, Marco, mis fuerzas se consumen casi tan rápido como mi cuerpo. Cada noche me duermo con la incertidumbre de si seguiré respirando al alba o si la Parca cortará el hilo de mi vida cuando salgan las estrellas. He vivido mucho, y ha sido una vida feliz. Es hora de dejar el relevo a gente más joven. Sin embargo, mientras mi nombre y mi historia se recuerden, no moriré. Por esa razón, hoy os voy a narrar mi vida, o al menos aquella de la que nunca os he hablado. De los tiempos oscuros de mi juventud. Del aciago año en el que la fortuna nos dio la espalda. De cuando la traición campaba a sus anchas por Roma amparada por la guerra y la ambición. De la miseria, de la esperanza y del amor. Tan solo os pido que no me juzguéis: ya lo he hecho yo misma desde la perspectiva que dan los años y me he permitido ser benévola. Al fin y al cabo, el consulado de Asconio y Tracalo fue una época muy difícil...

Primera parte

Roma, verano del 68 d. C.

Capítulo 1: Sangre y política

30 de mayo del año 68

Me cubrí mejor los hombros con la *palla*, pero no pude evitar estremecerme. El mes de mayo estaba siendo fresco y la primavera se negaba a dejar paso al verano, a pesar de que pronto comenzaría junio. La débil llama de mi lucerna titilaba a cada paso que daba, amenazando con apagarse y dejarme sumida en la oscuridad que precede al alba. Avancé a buen paso por el pasillo, sin apenas hacer ruido sobre el suelo de mosaico, hasta que me detuve delante del *tablinum*.

Había alguien dentro.

Fruncí levemente el ceño, extrañada, y me asomé con cuidado. Mi padre estaba allí, dormido sobre los pergaminos que había estado leyendo, iluminado tan solo por un rayo de luna que se colaba por un resquicio. La mesa rebosaba de rollos y tablillas ya usadas, y la pluma manchaba de tinta uno de los bordes de su túnica. Sonreí interiormente y posé la lámpara de aceite sobre la mesa, haciéndole un hueco para evitar que prendiera los documentos.

–Padre –dije tocándole el hombro e intentando despertarlo–, padre, está a punto de amanecer. ¿Llevas aquí toda la noche?

Publio Julio Vestino abrió los ojos lentamente, aturdido.

–Julia... ¿Qué haces en pie tan temprano?

–No podía dormir y he visto que la puerta estaba entornada.

Él se incorporó en la silla y apartó las cartas que tenía esparcidas sobre la mesa.

–Me he quedado leyendo y preparando un discurso. Estoy seguro de que mañana se convocará una reunión del Senado.

–¿Hay nuevas noticias? –pregunté con curiosidad, echando un vistazo a los documentos.

Los ojos de mi padre brillaron reflejando la luz de la lámpara de aceite antes de responder.

–Vergilio Rufo ha acabado con la rebelión de Vindex.

Asimilé aquella información y saqué mis propias conclusiones. Sin embargo, dejé que fuera él quien las expusiera en voz alta.

–Esto pone a Galba en una situación delicada –dijo en apenas un susurro–. Él apoyó abiertamente a Vindex y ahora se estará escondiendo a toda prisa en algún lugar de Hispania como la rata miserable que es. Nerón querrá hacer algo al respecto, estoy seguro.

Lo observé. Galba, gobernador de la provincia Tarracense, se había unido a la rebelión que Vindex empezó en Germania contra Nerón, donde obtuvo apoyos importantes. Si Vindex había caído, lo mejor que podría hacer era suicidarse antes de que comenzara una guerra que no podría vencer con las dos legiones que tenía a su mando.

Dudé y Publio lo notó, por lo que me obligué a hablar.

–No sé si eso son buenas noticias, padre. A Nerón hace tiempo que lo acompaña la locura y es posible que otro gobernara mejor el Imperio.

–No si es Galba, créeme.

–Dicen que tiene buenas dotes de mando.

Mi padre esbozó una sonrisa amarga.

–Siempre y cuando no ostente el poder absoluto. Hemos de esperar, Julia, ver cómo se desarrollan los acontecimientos. De momento, ha sido derrotado y Nerón se atribuirá el mérito.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Aun así, no pude evitar titubear.

–El emperador estará contento, pero ten cuidado mañana, te lo ruego. Nerón sospecha de nuestra familia desde la conjura de Pisón y no ha olvidado que tiempo atrás Galba y tú fuisteis amigos y socios. No quiero perder un marido y un padre la misma semana.

El semblante de Publio se ablandó y sus ojos danzaron tristemente sobre mis rasgos.

–Tan joven y ya viuda... Te han tocado vivir tiempos convulsos, Julia, pero eres una mujer fuerte, como lo fue tu madre –murmuró tan bajo que apenas logré oírlo–. Ojalá encontremos pronto un buen marido para ti.

–Todo a su tiempo, padre –respondí en el mismo tono–, pero prométeme que mañana no te enfrentarás a nadie.

–En eso consiste la política, Julia, pero no te preocupes, no tendré ocasión. Se declarará a Galba enemigo del Imperio y yo no podría estar más de acuerdo. Es más, prepararé unas palabras para celebrarlo.

Observé cómo cogía la pluma, optimista de nuevo, y comenzaba a escribir a trazos lentos sobre el papiro, con una cadencia hipnótica. A diferencia de él, yo no confiaba en la benevolencia de Nerón, por mucho que Galba y mi padre ya ni siquiera se hablaran. Era muy consciente de que lo que le había librado de las sospechas era el apoyo de la familia de su recién fallecido yerno, hacía apenas cinco días, pero ahora, al estar yo viuda, no existía razón alguna para suponer que estos seguirían protegiéndolo.

Dediqué unos breves instantes para recordar a mi difunto marido. En los tres meses que había durado nuestro matrimonio, apenas nos habíamos visto. Él solía estar demasiado

ocupado despilfarrando el dinero de su familia en burdeles de toda Roma y yo tenía mejores cosas que hacer que cuidar a un esposo que me humillaba de esa manera. Empezó como un matrimonio de conveniencia y, aunque intenté que funcionara, había sido imposible.

Dejé a mi padre enfrascado en la elaboración del discurso y volví a mi habitación, donde esperé en la penumbra que precede al alba a que Spuria, mi antigua ama de cría, entrara en la estancia. Era una mujer robusta que rondaba la cincuentena, fornida por años de trabajo constante y con un carácter muy fuerte. Había nacido en la Galia, pero llevaba toda la vida sirviendo a mi familia y me conocía lo suficiente para saber si algo me preocupaba.

–Mucho has madrugado hoy –comentó con la sobriedad que la caracterizaba.

–Hay que aprovechar la luz de la mañana –dije, obteniendo un gruñido por toda respuesta, mientras se afanaba en peinarme y vestirme con el riguroso luto que correspondía a mi reciente viudedad.

Justo cuando terminó de ordenar el último mechón ondulado de mi pelo, oí el murmullo apagado de una conversación en el vestíbulo. Ignorando a la esclava, me apresuré a llegar a la entrada de la *domus*, donde un mensajero acababa de anunciar a mi padre la reunión del Senado.

Publio notó mi nerviosismo y trató de calmarme con una mirada despreocupada.

–No te preocupes, Julia, estaré de vuelta antes del anochecer.

–Ten cuidado, por favor.

Él no dijo nada, pero besó mi frente con cariño y salió a la calle. Un poco más tarde, una vez terminé de prepararme, lo imité. No obstante, a diferencia de él, no me encaminé hacia el foro, sino hacia el Quirinal, al norte, donde vivían Quinta y Mario, los padres de mi difunto esposo.

Tal y como temía, Mario ya había salido hacia el Senado cuando llegué, casi sin aliento, acompañada por una esclava que jadeaba como si la hubiera hecho ir corriendo. Tras lograr que me abrieran la puerta, me informaron de que Quinta no estaba en casa. Resultaba obvio que mentían y que mi antigua suegra, que siempre me había criticado a mis espaldas y jamás perdonó a su marido por casar a su hijo favorito conmigo, no me recibiría.

–Arpía vanidosa –murmuré para mí misma colocándome mejor la *palla*. Ni ella ni su esposo iban a ayudar a mi padre, por mucho que, hasta hiciera poco menos de una semana, fuéramos familia.

Tendría que pensar en otra cosa.

* * *

Envié a la esclava a casa y dejé que mis pies encontraran el camino de vuelta al Esquilino por sí solos. Iba tan despistada que, cuando esquivé una litera de alquiler, no vi al joven que intentaba adelantarla y nos chocamos de frente. Él me agarró por un brazo y evitó que cayera al suelo, aunque, en cuanto recuperé el equilibrio, me liberé con rapidez para comprobar que no me había robado.

–¡Julia! ¿A dónde vas tan sola?

Aquella voz me sonaba. Alcé la mirada y me topé con los ojos avellana de mi primo.

–¡Lucio! ¿Qué haces aquí?

–Precisamente iba hacia tu casa a ver qué tal estabas. Vamos, te acompaño a donde quieras –dijo, apartándose de en medio de la calle con suavidad–. ¿Estás bien?

Suspiré y dejé que todo lo que había estado conteniendo saliera a la luz.

–Estoy preocupada por Publio. Hoy se reúne el Senado...

–Sí, lo sé. Mi padre también fue convocado al alba y en Roma no se habla de otra cosa. No te preocupes, Vestino sabe defenderse bien.

Esquivé a un perro callejero con la suficiente antelación como para evitar que me saltaran sus pulgas y miré a mi primo.

–Te recuerdo que mi padre no es del agrado de Nerón.

–Pero es un hombre sensato. Además, la ira del emperador hoy estará dirigida hacia Galba.

Negué con la cabeza, apesadumbrada.

–Galba y mi padre fueron socios por un tiempo. Esas cosas que no se olvidan.

–Pero fue hace muchos años, Julia, y no acabó bien –me recordó–. Será mejor que te lleve de vuelta a casa para que puedas esperarle allí.

Titubeé, pero era posible que tuviera razón, por lo que asentí y dejé que me acompañara.

Lucio aprovechó mi silencio para ponerme al día de los últimos cuchicheos y escándalos que recorrían las tabernas de peor reputación de la ciudad, en un intento por animarme. Aunque jamás reconocería que los frecuentaba, sabía el tipo de tugurios en los que a veces se gastaba pequeñas fortunas.

–Al parecer –comentó en un susurro–, Nerón hace que su eunuco, Esporo, vaya vestido de mujer y lo llama Popea, como su difunta esposa.

–He oído que se parece mucho a ella.

–Muchísimo. Dicen que le regala una joya cada día –continuó Lucio. Sin embargo, al ver mi gesto sombrío, decidió cambiar de tema–. Dejemos de hablar de Nerón. ¿Cómo está tu hermano?

Si Lucio pretendía apartarme de la preocupación, había elegido el peor tema de conversación. Hacía un año que no veía a Vero.

–Llegó una carta suya hace dos días. Está bien. Continúa en Judea con el ejército de Vespasiano, a ver si acaban con la revuelta judía.

–¿En qué legión está?

–Creo que en la Decimoquinta –dije, haciendo memoria–, aunque quieren enviarlo a la Quinta Macedónica bajo las órdenes de Sexto Cerialis.

–Bueno, al menos podrá participar en el triunfo cuando Jerusalén caiga...

–Lo sé –suspiré con un deje de tristeza–, pero yo hubiera preferido que estuviera en una provincia sin guerras, algo más cerca.

–Pides demasiado –me sonrió Lucio–. De todos modos, siempre podría haber hecho como yo y esquivar el servicio militar.

Estuve a punto de devolverle la sonrisa.

–¿Durante cuánto tiempo? Porque te recuerdo que tu padre no está contento.

–¿Y qué va a hacerme? ¿Enviarme a Britania? No tiene valor para tanto.

Negué con la cabeza, sabiendo que Lucio era incorregible, y lo invité a entrar en mi casa.

–¿Quieres tomar algo?

Antes de que mi primo pudiera responder, la puerta de la calle se abrió con estrépito y dos guardias pretorianos entraron por ella. Lucio, que olió los problemas, intentó que me quedara detrás de él, pero no fue lo bastante rápido.

–¿Qué es este atropello? –exigí, avanzando hacia ellos velozmente y cortándoles el paso al resto de la *domus*.

El primero alzó la mano, dispuesto a apartarme de un empujón, pero una voz lo detuvo.

–¡Basta! –intervino mi padre–. Julia, es suficiente.

El tono sereno de Publio, escoltado por dos soldados más, me hizo enmudecer.

–¿Padre? –murmuré mientras mi primo se colocaba a mi lado–. ¿Qué ocurre?

–Acompáñanos al despacho –pidió–. Tú también, Lucio.

Una vez allí, los soldados se colocaron de modo que nadie más pudiera entrar, bloqueando la puerta incluso a los esclavos.

–Publio Julio Vestino –dijo uno de ellos–, has sido condenado a muerte por traicionar al emperador, pero él, en su infinita benevolencia, te ha dado el privilegio de elegir la forma de tu suicidio.

Por un momento, noté que se me detenía el corazón en el pecho y el silencio se impuso en la sala, como si los dioses hubieran contenido la respiración.

–Lo haré con mi espada –dijo Publio envuelto en un halo de fría dignidad, sin desviar la vista–, aunque, antes, quisiera escribir una carta a mi hijo.

El hombre titubeó, pero asintió al ver su expresión de férrea determinación. Mi padre se sentó tras su escritorio con una parsimonia deliberada. Yo conseguí librarme de mi primo, que me había agarrado, para poder arrodillarme a su lado, incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo.

–Julia, escúchame con atención, por favor, necesito que hagas lo que te diga.

–Padre...

–Vas a tener que encargarte de todo hasta que tu hermano vuelva, ¿entiendes?

Quise rebelarme y decirle que no, que aún podíamos buscar una solución, pero sabía que, ante una sentencia del emperador, solo cabía acatar. Lo observé, buscando respuestas en su mirada, y comprendí que, si no obedecía a Nerón, también nos condenaría a Vero y a mí. Se me hizo un nudo en el estómago.

–Sí –sollocé.

Publio sonrió con tristeza y me limpió una lágrima que me corría por la mejilla.

–Quiero que lleves esta carta al templo de Vesta, allí la custodiarán hasta que tu hermano vaya a recogerla. Solo él podrá hacerlo.

Asentí, cerrando los ojos, y noté el beso que depositó en mi frente antes de comenzar a escribir. Incapaz de mantenerme erguida, hundi la cabeza en su túnica, buscando el refugio que desde pequeña me proporcionó y rompí a llorar en silencio.

No sabía qué había salido mal, pero me resistía a aceptar que aquello fuera a acabar así. Observé a mi padre y su aspecto sereno, escribiendo todavía vestido con la toga, me conmovió. Tras lo que apenas me parecieron segundos, selló la carta y me la dio.

–Desconfía de todos y espera a que llegue Vero para tomar cualquier decisión importante.

–No puedo –musité, notando que se me caía el mundo encima.

–Tienes que poder, pues te quedas sola en Roma, Julia. Mírame –me ordenó–. Sé que lo harás bien.

Me besó una última vez y se puso en pie. Le vi quitarse la toga, que cayó a mi lado, y recuperar la *gladius* del baúl en el que la guardaba. Antes de que la desenvainara, bajo la atenta mirada de los soldados, me levanté y me abracé de nuevo a él, temblando.

Publio cerró los ojos y me acarició el pelo, intentando calmarme.

–No llores por mí. Voy a encontrarme con el espíritu de tu madre y juntos seguiremos velando por vosotros. Sé feliz, Julia, cástate de nuevo y continúa nuestra familia. Cuida de tu hermano, te necesitará más de lo que cree.

Después, le hizo un gesto a Lucio, que me separó con suavidad de él. Mi padre se colocó en medio de la sala, desafiando a los guardias. Me observó por última vez, con la tristeza pintada en la cara, y tomó aire.

No fui capaz de seguir mirando.

El sonido del metal atravesando su cuerpo antes de desplomarse hizo que me flaquearan las piernas, pero logré reunir el valor suficiente como para acercarme a él y caer de rodillas a su lado. Apoyé su cabeza en mi regazo y vi que intentaba gritar, pero lo único que se escapó de sus labios fue un jadeo entrecortado mientras su cuerpo luchaba por sobrevivir. No obstante, había sido certero. La vida se le escapó rápidamente hasta que quedó inerte sobre el suelo de mosaico, ahora empapado de sangre. Fue entonces cuando su muerte me alcanzó de lleno y grité de dolor, inclinada sobre él.

Le cerré los ojos, saqué de un tirón la espada y la lancé al otro lado de la estancia antes de volver a gritar. Por suerte, Lucio ya había logrado que los pretorianos se marcharan y los esclavos me rodearon, también llorando, incapaces de reaccionar. Apenas los escuchaba. La mano de Publio descansaba entre las mías y ya no podía notar el pulso de vida que solía tener. Estaba paralizada.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que Spuria y Lucio lograron apartarme del cadáver y llevarme hasta mi habitación. La esclava me quitó la túnica y me vistió con una limpia entre palabras de consuelo. Tardé bastante en volver a la realidad y darme cuenta de que tendría que hacerme cargo de todo.

—Tengo que ir al templo de Vesta. Preparad a mi padre, ponedle la toga limpia y evitad que se note la herida. Reunid también los materiales para su máscara funeraria. Ahora déjame sola —ordené, observando mi reflejo en el espejo de plata que sostenía.

Spuria obedeció sin rechistar y esperé hasta que oí cerrarse la puerta a mi espalda. Después, rompí el sello de la carta de mi padre y comencé a leerla.

Amadísimo Manio:

Ahora que mi destino me aguarda con un triste final y que la muerte acecha implacable, te escribo estas últimas líneas

a ti, mi único vástago varón, para que la culpa no te embargue por no estar presente en este día. Los dioses así lo han decidido y su veredicto es inapelable. No obstante, hijo mío, todas las desgracias ocultan una cara amable y has de encontrar la que se esconde en esta. Cuando esta carta llegue a tus manos, hará tiempo que mis cenizas descansan en el panteón familiar y no puedo adivinar cuál será vuestra situación entonces. Tu hermana Julia sufrirá, pues se queda sola en una ciudad llena de hienas que ahora le son hostiles y que tendrá que aprender a manejar si quiere sobrevivir. Por eso, cuando vuelvas, atiende a sus consejos siendo consciente de la experiencia que ha ganado. Búscales un buen marido, pero asegúrate de que su influencia sea beneficiosa para ti. Si es lista, conservará su dote íntegra, y, si tú eres inteligente, no habrás despilfarrado el dinero que se te otorga en el ejército, pues me temo que todo lo que poseo estará en breve en manos del Estado. No obstante, habla con Filippo, pues es él quien sabe el alcance total de mis bienes, incluidos aquellos que no aparecen en los censos públicos. Recuerda también vigilar tus espaldas: Roma ya no es segura para esta familia. Si las dificultades a las que te enfrentas parecen insalvables, hay gente que te puede ayudar por la lealtad que nos une. Memoriza bien sus nombres porque has de quemar esta carta en cuanto la leas: Tito Flavio Sabino, Sextilia Mummia y tu tío Cayo. Este es mi legado, Manio, aprovéchalo.

Releí el pergamino de nuevo. Las personas a las que le aconsejaba acudir no eran del todo de mi agrado y solo estaba de acuerdo en confiar en Sabino, el pretor de Roma. Sextilia Mummia era una mujer influyente, sí, que había aceptado a mi padre en su cama desde la muerte de mi madre, pero sus lealtades fluctuaban dependiendo de hacia qué lado se inclinara el poder, y en cuanto a Cayo, el hermano menor de Publio, lo único que podía decir es que hacía años que no lo veía porque ni siquiera vivía en Roma.